

EL MUÑECO

Por Carlos FUENTES

-NUECES, nueces y agua de la fuente.

—Vuestra Majestad va a morir de hambre. No es posible...

—Agua que corre, la que nadie puede apresar. Y nueces silvestres, duras, donde ningún veneno penetra. Nueces de corazón protegido. Silvestres, duras.

La dama de compañía, al primer rumor del sol naciente, cerró la ventana y corrió las cortinas. Los muros del Vaticano se bañaban de aire verde, ungido. Un navajazo de luz recortó el rostro magro, el ávido perfil, los ojos glaucos de su ama.

—No quiero luz. Quiero espejos.

Se levantó, y con las manos rígidas, los brazos untados a la seda rica y pesada, se detuvo frente al espejo.

¿guarda un secreto? habría que acercarse a hurtadillas, sin que él lo notara, con todo sigilo, sobre las puntas de los pies, para sorprenderlo, entonces averiguaríamos el secreto del espejo, en el momento de darle, llena de sorpresa, la cara, ¡ahí está el secreto! lo descubrimos, pobre espejo, lo sorprendimos cometiendo su delito: reflejando caras. y metimos las manos en su estanque para rescatar a esa prisionera indefensa, a nuestra cara, el espejo se rinde y la entrega; eso creemos, pero ya estamos dentro del espejo, para siempre, dios mío, para siempre, pasan los demás y no nos ven; queremos gritarles y de nuestros labios sale vidrio, dócil y duro. estamos dentro del espejo, comiendo ávidamente nueces y bebiendo agua de la fuente pública. aquí no nos ven, no nos tocan. a fuerza de verme, el espejo me traga, con mi avidez de ardilla; a fuerza de verlo, yo soy el espejo, agua paralizada, puede más su frío que mi calor; no, mi llama es su faz helada. voy hacia dentro, cada vez más; ¿me perderé en la llanura de cristal? no me percibo ya: sólo sueño. el espejo es el sueño. el espejo me sueña; no soy, no vivo, de él dependo, el espejo me dice quién soy: la que no es, la soñada.

—Vuestra Majestad ha pasado la noche en vela. Le ruego que me permita desvestirla...

¿soñada por quién? por mí misma; nadie más me sueña; sólo yo; sólo yo sueño, lo sueño a él, sueño el imperio. porque yo sueño vive él, vive el imperio, vive la tierra alfombrada de flores. vigila, vigilia; no debo abandonar la vigilia, debo soñar con los ojos abiertos frente al espejo para que el sueño no muera; si duermo la liga de la vida se rompe, si duermo termina el sueño, fuerza, dios, fuerza para tenerlos abiertos siempre, para que mi sueño le invada y su sangre corra...

—¡Su sangre corra!

—Señora...

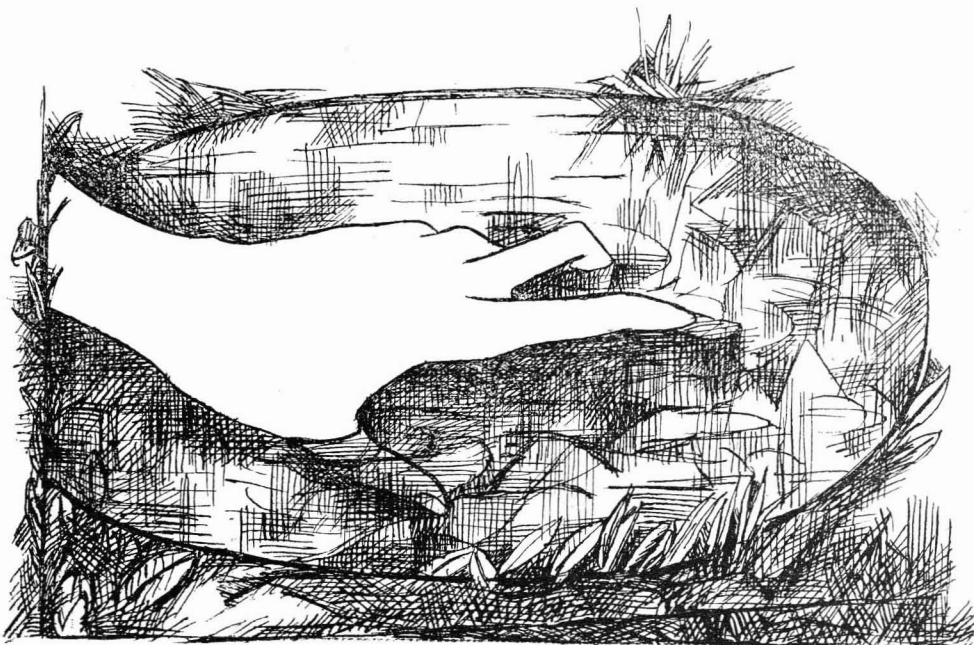
—No los dejes... ¡deténlos! ¡Cierra la puerta!

La Emperatriz abrió sus brazos, protegiendo el gran espejo, teñido de moho, de la recámara pontificia.

—¡Que no toquen este vidrio sus bayonetas! ¡Antes deberán atravesarme!

El sueño debe seguir; no lo tocarán sus picos de hierro ¡no lo vencerá el ansia de cerrar los párpados!, ¡no se llenará su boca abierta de tierra mexicana!

La corte de militares y obispos se apretujaba en la sala de la pequeña casa orizabeña. El rumor de sus voces apenas provocaba un choque musical en las arañas cristalinias: la luz débil se mecía, respiraba al ritmo de la noche tropical. Cerrando con lentitud querida la puerta, apareció Stefan Herzfeld: —El Emperador no recibirá a nadie. Sus propósitos son firmes y definitivos.



La asamblea calló. El ruido se redujo al choque de pectorales contra hebillas eclesiásticas, al eco imperceptible de las charreteras sobre las paredes.

—Nuestro destino depende de él— gimió un obispo, por fin tronó una voz militar.

Un dedo se unió, amarillo, a unos labios.

—Il y a des moyens, mes amis, il y a des moyens...

—Monsieur l'Abbé Fischer, si vous en avez...

El pequeño abate, los ojos brillando al fondo de dos bolsas de carne que parecían proteger su fulgor del viento, acercó su breve, negra figura a la de Herzfeld. El dedo amarillento apoyado siempre en los labios —la sonrisa disfrazada por la intención secreta de los ojos— sacó de entre sus paños clericales una carta; el papel palo-de-rosa, el perfume inalcanzable, no escaparon a los sentidos de Stefan. La puerta de la recámara imperial se abrió, y el abate Fischer, más que caminar, penetró como una llamarada podría haberlo hecho —silenciosa pero intensa— por la cerradura, al aposento de Maximiliano.

Con la sala tapizada de brocado azul, contrastaba el trópico aéreo de la recámara, encalada, bordeada de macetas hú-

medas coronadas de liquen: la cama de hierro y su mosquitero, los aguamaniles de alegre porcelana. El Emperador se rascaba el débil mentón, los codos apoyados en un respaldo de mimbre. Al percatarse de la presencia del abate, irguió su levita oscura. Abrió los labios partidos, espesos en el marco de la barba, pero antes Fischer había levantado la mano, la carta entre los dedos.

—Con la venia de Vuestra Majestad. Esta carta me fué dada en depósito por S. M. la Emperatriz antes de embarcarse. En realidad, la acaba de escribir: para este momento, en este momento.

Al hacer su reverencia, el abate casi besó el suelo. Su diminuta persona salió de espaldas, dando la cara al Emperador: en las comisuras de los labios de Fischer, se dibujaba la caricatura incon-

fundible de la ironía. Confiaba en que Maximiliano no la habría de percibir.

Augustus Fischer simuló no reparar en las miradas que lo saludaron en la sala. Acariciando sus manos, casi en actitud de oración fingida, el jesuita tomó asiento junto a Luis Arroyo:

—¡Es tan hermoso nuestro Emperador! Un Dios Sol, se diría de lejos — desde donde conviene que se le vea. Pero allí, en la recámara, desnudo de toda pompa, de cerca, se vuelve entrañable: el Dios es un muñeco, Don Luis; ojos tan azules parecen pintados, y pintados cada día; barba tan rubia ha de ser tejida, pelo por pelo, teñida por los astros matutinos. ¿No es esto suficiente? ¿Le es dado a todos los pueblos tener gobernantes hermosos? Aquí está el muñeco de México; a nosotros nos corresponde hacerle su casa, tenérsela arreglada, darle la comida, llevarlo a la cama, fingir conversaciones... Sabe usted: lo mejor de nosotros mismos, de nuestra imaginación, se queda en los muñecos, en los discursos que les atribuimos y en los movimientos que les otorgamos.

El Emperador de México detuvo el sobre unos instantes sobre las yemas de sus dedos. Cerró los ojos a fin de adivinar el contenido; se llevó la carta al

pecho, seguro de que ella refrendaba sus propósitos; la decisión solitaria de huir, iba a ser la decisión de ambos. Ya no la agonía de aquella decisión sin eco, ya no la agonía de una duda afirmada en la soledad como solución. Con esta carta en sus manos, iba ya surcando, sobre la corbeta austriaca, el mar entintado del Adriático; la carta se hinchaba de viento, le ataba al mástil salvador. Impaciente, abrió el sobre, leyó y extendió las hojas hasta rasgarlas:

...la gloriosa historia de los Habsburgo... la memoria heroica de los antepasados... la vergüenza de mendigar el refugio y la caridad de Francisco José... no abandonar jamás el puesto donde Dios nos colocó... mantener, hasta la muerte, el Imperio...

Un denso vapor le ascendía por la garganta; no, no importaba huir o permanecer, escoger la nueva cuna del *Dandolo* o la tumba del polvo mexicano, mantener o abandonar el Imperio, ceñir una corona o una mortaja: lo único anhelado era esto: estar con otros, saberse con otros; pero no con cualesquiera: con esos *otros muertos*, muertos no por accidente o por naturaleza: muertos por destino, muertos con título, calaveras con cetro que eran su única, su anhelada parentalia. Ellos no tomaron decisiones; asumieron un destino. Al darse cuenta de que estos muertos construían su fortaleza, Maximiliano acarició la barba dorada y luego pasó las manos sobre sus músculos; no pudo evitar un pensamiento *mi juventud y mi bondad no tienen derecho a morir; no, no mintamos: la belleza no tiene derecho al sacrificio; estoy enamorado de esto, de mi hermosura y de mi corona, de mis breves placeres, de todo lo amable y suntuoso, y prefiero retar al cielo que morir*... El debate exigía una solución; su conciencia no podía expresarse fuera de la piel. Una solución, una sola: ser justificado, en el sentido que fuera. Maximiliano abrió de par en par las puertas de la recámara. La sala se llenó del chasquido de sotanas, del taconeo militar, mientras el Emperador se dirigía a Teodosio Lares y, apretando las hojas con una fuerza ajena a su puño blanco y reticente, le murmuraba, cara a cara:

—Repítalo... repita lo que dice esta carta...

El paisaje del bajo Rhin, impregnado del olor a hojas quemadas del otoño alemán, corría frente a la mirada de Carlota.

—No mires hacia atrás— le dijo a la señora del Barrio, su compañera. —Ven, siéntate a mi lado, para que las dos demos la espalda.

Carlota pegó la cara al vidrio, y el paisaje se transformó: una sábana de tierra cocida apareció en lugar del río, y las riberas se fueron poblando de casitas bajas y descascaradas, de fronteras de nopal y de niños desnudos, barrigonés, y de mujeres morenas, impávidas, envueltas en rebozos. Filas y más filas, ordenadas como soldados de plomo, impasibles, rígidas, mudas, de mexicanos, cubrían la tierra veloz y ascendente. Los ojos de Carlota, perforados de toda memoria, se pegaron a la ventanilla, y su voz, llena de vaho, murmuró:

—Mira, no nos dejen, no nos dejarán nunca. Pero ahora no nos lanzan flores,

ni truenan cohetes. ¿Qué pasa, qué pasa?

La ventanilla del tren se nubló de rojo. *Los quisimos mucho ¿verdad, Maxl?, Condición nefanda, vedada del contacto y el calor, que con un cetro debe amar. Amar en la impotencia. Recuerdas Maxl, cuando a nuestros pies y bajo nuestra mirada los soldados de tu hermano fustigaban a los patriotas italianos; cuando permitimos que dos seres —una mujer embarazada— fueran azotados hasta convertir el castigo en una ablución de sangre, en Trieste. Me contaron ¿lo crearás?, que matamos a noventa mil mexicanos. Nadie, jamás, nos lo recriminó: éramos sus padres, los queríamos. Nadie los defendió, porque nadie sabía sus nombres. Sólo tú y yo teníamos nombres en esa tierra anónima. Pero ahora que te imagino, querido Maxl, solitario, enjaulado, convertido en lámina y piedra sobre el altar indio; quisiera gritar, en nombre de los que asesinamos sin mover un dedo, en nombre de los que morían fusilados por nosotros desde las pavañas y las carrozas y el elegante fluir de Miramar y Chapultepec, ¡por la piedad que no tuvimos, ténganla ustedes! ¡Castiguen nuestros crímenes con su piedad! ¡Torturen y befén con la misericordia! ¡Castiguen y atraviesen nuestros cuerpos con la intolerable humillación del perdón! A esa mano oscura y férrea, hecha de tierra de mármol, que veo en mis sueños, le pido: que nos devuelva al fasto y a la ceremonia para que él y todos vean los que somos: títeres. No nos concedan el martirio y la heroicidad. No los merecemos, no los merecemos, no los merecemos... ¡Víctimas de México, tú y yo, Maxl? No, al fin hijos de México, porque sólo el odio da la medida del amor hacia México, y sólo la venganza de México la medida de su amor...*

Carlota miró las manos que empañaban el cristal y cayó sobre el regazo de la señora del Barrio:

—¿A dónde vamos?

—Al castillo real de Laeken, Majestad. A casa de su hermano.

—¿Y ahí no nos tocarán?

—¿Los mexicanos?

—No... ellos sólo nos persiguen en el aire, invisibles... No. Los otros. Ella y él. Y las palabras del otro: *non possumus, non possumus*. Y los agentes envenenadores; júrame que sólo nueces me darás de comer, y siempre de tu plato...

—Se lo juro, señora...

Carlota rió y esponjó sus faldas. Aplaudió, llena de regocijo, y comenzó a cantar, con una voz encadenada, hueca,

Massimiliano, non te fidare,
Torna al castello de Miramare...

La nave va en los mares
volando cual pelota...
Adiós mamá Carlota,
adiós mi tierno amor.

—Las voces de los niños andrajosos comenzaron a cantar aun antes de que el cuerpo del Emperador dejara de retorcerse en el polvo— recordaba el príncipe de Salm, sentado en una barraca cercana a las fortificaciones asediadas de Metz. —Entonces el criado Tüdös corrió a apagar las llamas, causadas por el tiro de gracia, que incendiaban la levita. Todo estaba perdido desde que vimos a los miles de Escobedo avanzar sobre el sol naciente que del río San Juan hacía un rayo color de papaya...

La metralla prusiana no cesaba de zumbiar, hasta perderse, ahogada en su propio estruendo:

—El emperador no cupo en el féretro; el carpintero del ejército juarista nunca lo había visto, y no pudo adivinar su tamaño. Por las calles de Querétaro, la caja fúnebre paseó con las piernas de Maximiliano de fuera, conducida hasta el convento de las Capuchinas.

Los otros oficiales del ejército de Bismarck estaban agotados, y además, conocían de memoria la larga historia de Félix sobre el derrumbe del imperio mexicano. Les divertía, y hasta animaba de cierto fervor patriótico, toda alusión despectiva o ridícula al pequeño Napoleón. Pero estos relatos macabros, sobre un hombre tan débil... Algunos comenzaron a cantar *Nach Paris!*, otros a jugar dados. Y uno a pasearse, nervioso, exclamando: —¿Por qué no contestan el fuego los franceses?

Cinco meses después, el cuerpo subió por la escalera del *Novara*, anclado en Veracruz. Para embalsamarlo, en Querétaro una virgen le prestó sus ojos negros; sucesivas inyecciones de cloruro de zinc lo habían ennegrecido; en el Hospital de San Andrés, de México, se trató de evitar la rápida putrefacción sumergiéndolo en tanques de arsénico. Todo el pelo se le había caído. La cara se hundió.

El coronel von Friedham entró a la improvisada barraca con un gran tarro de cerveza. Todos los oficiales se pusieron de pie: —¡El enemigo ha abandonado Metz sin disparar un tiro! Usted lo conoció, Salm: Bazaine, el héroe de México.

Todos se unieron en un coro marcial. El príncipe de Salm dijo en secreto, sentado aun sobre las mochilas desordenadas:

—Subió al *Novara*, rumbo a Trieste, un muñeco negro y lampiño. Yo lo vi partir, desde el presidio de Ulúa. Eso fué: un juguete, nunca un cadáver. Los cadáveres eran otros, y no tenían nombre ni corona.

Carlota camina ligera y distraída, espantando a las ardillas, sobre el pasto mullido del prado de Bouchout. El viejo castillo medieval arroja su sombra helada, humeante en la neblina invernal. A cada momento, Carlota baja la mirada, se hinca sobre el césped, y lo acaricia. Luego salta, ajusta la negra cofia, se limpia unas gotas de la punta de la nariz y prosigue su búsqueda. Al fin encuentra la nuez. Con toda la fuerza de sus manos, transparentes como un hueso de pájaro, la quiebra. Sí, allí está, como siempre, escondido entre la carne del fruto. Extrae un diminuto muñeco rubio, lo contempla y vuelve a encerrarlo en la cáscara. Lo esconde en el hueco de un sícomoro. Después, ya sin expectación, dirige sus pasos hacia el castillo, no sin premura, pues la noche va a caer, poblada de remordimientos; no sin alivio, pues sabe que los muñecos —olvidados o presentes, pero siempre cercanos, listos a saltar de sus mágicas cajitas: el príncipe, el barón, el apuesto húsar— la visitarán en unas cuantas horas más, después de que escriba la carta al Emperador, y le darán conversación, respetuosa y lejana, como conviene a una Emperatriz.